

adquisitiva; el afán de enriquecimiento, no como forma medieval acumulativa, sino como inversión productiva en un cuadro —el de los negocios— en el que todo es calculable, previsible y programable; el espíritu de libertad; la exaltación del bienestar temporal y del placer (de esa «dolcezza del vivere» que M se complace en recordar como verdadera divisa y leit motiv de la época), el proceso general y generalizado de secularización en el mismo ámbito de la moral, la conciencia de pluralidad y diversidad, y por ende, implícitamente de tolerancia, todo ello pertenece de pleno derecho a la mentalidad burguesa, de momento mal identificable con un estamento propiamente dicho, que por delante de todo está poniendo el valor del individuo.

En este punto, M recuerda la deuda que la historiografía renacentista tiene contraída, sea con Giovanni Gentile, que ha visto en el individualismo y en la estimación del Yo racional la clave de bóveda del sistema de creencias renacentista (ampliamente desarrollado por el neoplatonismo florentino y europeo con las especulaciones en torno a «la dignidad del hombre», verdadero tópico de la época), sea con Jacob Burckhardt, de quien M hace suyo el postulado según el cual el valor del individuo y de la razón va ligado al descubrimiento del valor de la naturaleza.

Si la fe en el hombre y en sus capacidades intelectivas forma parte de una concepción del Renacimiento comúnmente aceptada, M hace más bien hincapié en la trascendencia de la imagen que el hombre renacentista tiene de sí mismo como artífice o artesano (*homo faber*), imagen que halla su extrinsecación figurativa en el símbolo de la mano. Como resultado tal vez de aquella libertad que el mercader necesita y exige para la realización de sus negocios, despierta en ese hombre de nuevo cuño la conciencia del carácter autónomo de su inteligencia y de la condición prometeica de su ser mismo. El hombre no sólo conoce libre y autónomamente: hace y se hace. No obstante el peso que el individuo atribuye a las leyes inescrutables e invencibles del *fatum* y de la *fortuna* (efecto de una visión dinámica del universo que proviene de la propia experiencia y actividad en un mundo regido por las leyes comerciales de la lucha y la competencia), prevalece la convicción de que la *virtú* (el binomio, como es sabido, preside nada menos que *Il Principe* maquiaveliano) hace al hombre árbitro y factor del propio destino. El entusiasmo y la fe tributados a la virtud como facultad para conseguir un fin, hacen de contrapeso positivo al pesimismo inherente a la idea de un mundo en movimiento y de fortuna, y favorece la puesta en marcha de lo que es verdadero objetivo de ese individuo consciente y orgulloso de su capacidad cognoscitiva y creadora: conocer el mundo para dominarlo y transformarlo y alcanzar con ello la felicidad terrena. En ciernes, la aspiración y el programa de la época de las Luces están aquí ya formuladas.

El descubrimiento del valor de la naturaleza halla en el universalismo mercantil de que habla M y en la nueva concepción del tiempo y del espacio, favorecidos por el descubrimiento del Nuevo Mundo y la conquista, los incentivos y las razones que irán configurando la peculiar visión del mundo del hombre renacentista. «Todo pensamiento humano —afirma M— implica una idea de naturaleza.» El concepto de naturaleza y el concepto del hombre que posee un grupo humano en un momento determinado de la historia, constituyen la clave del «tejido mental» propio de cada proceso histórico.

El hombre del Renacimiento, al tiempo que toma distancia de la naturaleza para proclamar su autonomía, se siente atraído y entusiasmado por ella. El afán de conocer el mundo —acrecentado por los viajes y la aparición de las nuevas tierras—, siendo subordinado a un interés práctico que exige una aproximación racional y crítica, despierta en el individuo una conciencia y una manera de ponerse ante la realidad completamente nuevas. El proceso de racionalización que afecta los distintos ámbitos del saber y del actuar humanos, lleva a concebir la naturaleza y la misma sociedad como mecanismos en los que es posible intervenir conociendo y manejando sus resortes, y a adoptar frente a ellos una conducta tecnificada. La apropiación intelectual del mundo se realiza, por tanto, mediante el método experimental y comparativo, que constata los hechos y la diversidad entre los hechos, los enjuicia críticamente, los compara y los contempla a la luz de un saludable relativismo, que tendrá repercusiones determinantes, si no inmediatas, en lo social y político. A la objeción de Cassirer de que el interés por el mundo tal como lo vivió el hombre del Renacimiento no llevó a un nuevo concepto de naturaleza que diera acceso a la ciencia, M replica que, sin contar los atisbos documentados de la citada concepción mecanicista del mundo, en cualquier caso, tuvo el valor inestimable de librar a las mentes de concepciones metafísicas y, por consiguiente, de abrir la vía a la síntesis teórica y al método científico modernos.

Todas las formas de racionalización patentes en el Renacimiento (desde la economía hasta la política y la formación del Estado) revelan el propósito no sólo de dominar y transformar el mundo, sino de intervenir en persona en el mecanismo económico, social y político para «el bien del Estado» que, como recuerda M, es la fórmula que encubre la aspiración al provecho individual y el deseo de todos de hacer más «deleitabile» la existencia. El egoísmo que mueve la voluntad y la iniciativa del individuo corre parejo a ese extraordinario afán transformador que lleva al hombre a equipararse al ingeniero, capaz de fabricar «un mundo con arte y razón» y de construir con un espíritu científico que está ya en la intención, una «segunda Naturaleza». Aunque la ciencia se desperdigara a menudo en la pluralidad del dato empírico, y el modelo en que se inspiraba el proyecto de transformación y perfeccionamiento se congelara en la abstracción de la utopía, la ciencia y la revolución de la razón se hallan, con todo ello, puestas irreversiblemente en marcha.

El afán transformador y constructor toca, naturalmente, la constitución misma del mecanismo del Estado, en el que el hombre entiende participar y del que pretende no tan sólo paz y justicia (la tesis del agustinismo político), sino felicidad temporal y civil. Lejos de asimilar el Estado Moderno a la formulación maquiavélica del Estado y de reducir el maquiavelismo a la figura de Maquiavelo, cuyo pensamiento al tiempo que brota de un estado mental colectivo, empezando por la equiparación virtud/habilidad, se halla lastrado por el pensamiento finalista de la Edad Media, M encuentra la «modernidad» del Estado Moderno en aquellos aún mal definidos límites al poder soberano sugeridos por Bodin, que se inspiran en la experiencia de las instituciones mixtas del gobierno veneciano y que encaminan la historia del pensamiento político europeo hacia la división de poderes de Montesquieu y hacia el Estado de Derecho.

El espíritu reformador y constructor toca por último al hombre mismo, centro al cabo del Universo. M pone de relieve la figura del «hombre de saber» o «sabio» renacentista

en la realización del «logro del hombre» a través del perfeccionamiento interior y de la sabiduría en la virtud, que puede pasar —y pasa, en efecto— por el estudio de las letras y las humanidades y aún por la misma lengua —no necesariamente la latina— y por el poder renovador y educativo del amor, según una conexión estudiada por Saita, que M hace suya. De estas fecundas aspiraciones, brota y florece el movimiento universalista, pacífico y un tanto abstracto del erasmismo, que de un lado alienta la actitud reformadora estudiada por Bataillon, plenamente aceptada por M, y del otro, a causa del pragmatismo conciliador que le es propio, la conciencia de pluralidad, la aceptación utilitaria de la «diversidad» y, en último término, el espíritu de tolerancia.

La documentación aportada por M en la reconstrucción de la figura del «sabio» renacentista derriba la imagen falsa y estereotipada del humanista desvinculado de la sociedad y absorbido en la recuperación de los «monumentos» antiguos y en la restauración de la antigüedad, y nos devuelve la de un hombre intelectualmente activo en su circunstancia histórica, consciente de su función social, quien, apelando a su propio juicio; observa críticamente su entorno social y la gestión de la cosa pública, compara, distingue, propone y, a menudo, discrepa. Solidario en principio de los intereses comunes del Estado y favorable al Príncipe, al menos en los comienzos del período considerado, bien pronto, por su discrepancia potencial o efectiva, se vuelve, a los ojos del poder, figura incómoda, cuando no sospechosa y aún peligrosa. Por todo lo cual, el sabio o humanista renacentista está indiscutiblemente más cerca del intelectual de la cultura posterior europea, que de los maestros efectivamente desvinculados, de las universidades de la Edad Media.

La modernidad: humanismo-Renacimiento

La aparición en el siglo XV europeo de aquellas transformaciones histórico-culturales y de aquella conciencia intelectual ahora mismo consideradas, llevan a M, diría sobre todo en un segundo momento, a unir bajo la sola etiqueta de modernidad («la actividad de la ciencia consiste en embotellar y etiquetar») esos dos movimientos que la historiografía tradicional considera separadamente: humanismo y Renacimiento.

Descartada de plano la tesis que identifica el primero con los *studia humanitatis* —ese humanismo arqueológico y gramatical a que algunos se empeñan en reducir un movimiento de tan extraordinaria vitalidad— reservando para el segundo el «espíritu naturalista» que da paso a la ciencia moderna, me parece discernir en este particular aspecto de la obra de M un proceso que va de la sospecha a la convicción y en el que, partiendo de algunas concesiones a la concepción dicotómica siglo XV-humanismo-prerrenacimiento/siglo XVI-Renacimiento, acaba imponiéndose una visión unitaria bifronte, aunque los dos frentes no tengan nada que ver con los conceptos humanismo y Renacimiento como realidades diferenciadas. Según ello:

- 1) el siglo XV (como mínimo a partir de la segunda década) y el siglo XVI quedan unidos bajo el común denominador de un único proceso ascendente —de una «crisis expansiva»— que denominamos Renacimiento, cuyo origen cabe colocar en Italia,